

EDITORIAL

QUE esta Revista cumpla veinte años de existencia continua, con una orientación coherentemente mantenida, sin cortes ni discontinuidades, es un hecho que podrá valorarse más o menos positivamente. Pero, en cualquier caso, ello es destacable por su carácter poco frecuente en este país, dentro del conjunto de las publicaciones temáticas afines, en el que abundan apariciones, desapariciones y bandazos.

Es evidente que ni la continuidad de orientación ni la duración temporal son valores por sí mismos, pero también lo es que la duración no es posible si la orientación no está culturalmente justificada. Por ello puede decirse que la larga continuidad de *Ciudad y Territorio* no es algo inexplicable, producto de no se sabe qué casualidades, sino que, en buena medida, es consecuencia del mantenimiento consciente y voluntario de unos planteamientos explicitados ya en el momento de su creación, lo que ha hecho de ella un producto cultural claramente aceptado.

Otras experiencias editoriales en el mismo campo, más ligadas a las fluctuaciones de las modas culturales, han estado condenadas a la discontinuidad o a la desaparición (aparte de por otros motivos circunstanciales que pueden aducirse casuísticamente) por causa de adscripciones a tendencias necesariamente efímeras en su pretensión de estar en la única posición intelectual y profesional válida.

Resulta un tanto divertido contemplar desde hoy la sucesión de demoliciones y exaltaciones realizada por esas modas culturales que hemos vivido durante estos veinte años en este país. No por lo que han podido tener de incursiones exploratorias absolutamente válidas y hasta imprescindibles, sino por haberse ofrecido con pretensión de alternativas conceptuales y metodológicas únicas, así como por sus negaciones de validez para todo lo que no coincidía con esa «verdad», procediendo a la descalificación de lo que, en cada mo-

mento, no era lo «in», no era «lo que se llevaba».

Frente a ello, el planteamiento de esta Revista ha sido tal que, por asumir e incorporar componentes importantes de relativismo y hasta de escepticismo, se situó en las mejores condiciones para ofrecer objetivamente todas las reflexiones y experiencias enriquecedoras, sin tener que pasar por filtros ideológicos ni sufrir selecciones tendenciosas. Ello corresponde a la voluntad de no asumir nunca entusiasmas adscripciones (necesariamente circunstanciales y necesariamente breves) a planteamientos reduccionistas y excluyentes. Por ello *Ciudad y Territorio* no ha sido nunca una revista «in».

Probablemente, si hubiéramos sucumbido a los dictados de lo que en cada momento se llevaba, no hubiéramos podido mantener la continuidad. Hubiéramos tenido que ser, primero, una publicación beligerante a favor de la vía al urbanismo desde el cientifismo cuantitativista y nos habríamos tenido que deleitar con la exaltación de la parafernalia modelística y con las explicaciones sistémicas. Después tendríamos que haber renegado violentamente de ello para pasarnos a asumir exclusivamente los postulados de la fulgurante visión marxista de la urbanización capitalista, condenando a la modelística como prevaricadora cómplice del mantenimiento del *status quo* en las sociedades capitalistas avanzadas. Y ahora tendríamos que ser una revista de exaltación formalista, avergonzados de haber leído a Marx, y estaríamos avizorando por dónde empiezan a soplar los vientos de la nueva tendencia para colocarnos rápidamente en ella. Y, claro, de la misma manera que resulta poco convincente una persona que realizase con renovados entusiasmos y posteriores condenas la exaltación y la negación sucesivas de todas estas posiciones, tampoco tendría credibilidad una publicación que lo hiciese.

Todo lo que acaba de decirse será sin duda tomado, por algunos de nuestros eternos críticos,

como la defensa de una condenable actitud de inhibición, de acriticidad, de desimplicación. Es la conocida crítica fácil de quienes no pueden soportar la incertidumbre y necesitan atarse a cualquiera de esas panaceas universales bien vendidas, que Tafuri llamó certeramente «fábulas consoladoras». Fábulas que se caen a los pocos años de su puesta en circulación, porque equivocando su naturaleza se les pide que proporcionen lo que no pueden dar.

Porque otro divertido ejercicio que podría hacerse ahora sería el de historiar los ataques recibidos. Todos quienes han vivido la aventura de *Ciudad y Territorio* conocen esa especie de acoso intermitente que, aparte de otros motivos circunstanciales, a veces simplemente producto de expectativas personales, ha tenido fundamento en la esperanza de individuos o grupos, de convertir esta Revista en portavoz de sus sedicentes verdades. Así, su crítica se produce, precisamente, porque la Revista no se identifica sumisamente con la ortodoxia excluyente de cada momento y, entonces, se la declara «out».

Pero la actitud que se ha mantenido en *Ciudad y Territorio* no supone el distanciamiento indiferente de la realidad, ni de la discusión, ni de la polémica, ni tampoco de la defensa de actitudes y posiciones personales revisables. En realidad, es claro que así está hecha una gran parte de la vida de la Revista. Todo el que examine sin prejuicios el contenido del conjunto de números de estos veinte años, comprobará que no puede afirmarse que *Ciudad y Territorio* haya practicado o defendido la acítica desimplicación. Porque lo que no se puede hacer es confundir esto con otro objetivo, que sí ha perseguido muy conscientemente la Revista, que es la pluralidad. Y es que esta Revista no se ha entendido nunca como plataforma para ejercer el papel de guía iluminado, sino como foro abierto para la concurrencia no discriminada. Así quedó expresado, con toda claridad, hace veinte años, en el editorial del primer número, cuando todo era sólo un proyecto en lanzamiento.

Pero conviene añadir que esta actitud básica no es simplemente una elección táctica, pragmática y conveniente, sino que obedece, no podía ser de otro modo, a una posición intelectual. La preferencia por la renuncia a temporales y sucesivas adscripciones tendenciales, de las que periódicamente hay que desdecirse, está acorde con esa cierta dosis de escepticismo ya aludida, que no confiere a nada la exclusividad en la validez, que siempre contempla las insuficiencias al lado de los aciertos, que duda sistemáticamente, que relativiza el valor de las novedades, que no desecha nada como definitivamente inservible y, sobre todo, que no se entusiasma infantilmente con cada nueva «verdad» utilizándola de modo dogmático y excluyente.

Pero una actitud de este tipo no debe resultar extraña a quien esté mínimamente familiarizado con las formas actuales de discusión, que se suscitan sobre los fundamentos epistemológicos de cualquiera de las disciplinas que confluyen en el

mundo del saber y, consecuentemente, de los enfoques metodológicos de las tecnologías derivadas. La aceptación de un marco general de incertidumbre y la coexistencia de explicaciones no necesariamente compatibles, es lo que caracteriza más acusadamente a la situación actual. Y mientras esta situación subsista con carácter general, es imposible otra situación para una disciplina particular, por mucho que quieran ignorarlo, o hacer que lo ignoren, los que no pueden vivir sin sus fábulas consoladoras.

En sus veinte años de vida, esta Revista ha entendido que prestaba el mejor servicio a la sociedad de este país (o al menos a los segmentos de la misma relacionados con los problemas de la ciudad y del territorio) partiendo del reconocimiento de esa situación cultural de incertidumbre. No hay una verdad única que pueda considerarse guía global incuestionable. Hay, en cambio, variadas enseñanzas de experiencias parciales anteriores, sugerencias heurísticas, restos y fragmentos de teorías abandonadas, teorías en elaboración, de las que puede hacerse uso simultáneamente y no de una pequeña selección de las mismas. De ahí la opción a favor de un pluralismo que fomente la comunicación y el entendimiento entre las diversas perspectivas implicadas, incluso la confrontación conflictiva.

Y también hemos entendido que prestábamos el mejor servicio al urbanismo como disciplina y como profesión. Porque no es preciso recurrir al engaño o al autoengaño de una brillante tendencia, ofrecida como alternativa global (que permita vender bien una actividad profesional presentada como inserta en una disciplina fuerte y bien definida) para que pueda perfectamente mantenerse una imagen pública suficientemente digna y asegurarse la utilidad social de la disciplina. Y ello a pesar de que se haya intentado dinamitarla desde disciplinas conexas.

¿Cuál era, por lo demás, la intención fundamental que presidió el nacimiento de la Revista? Queda igualmente patente en el texto del primer editorial: crear un instrumento para el desarrollo de una labor cultural enormemente necesaria en aquel momento, cuando el urbanismo era una preocupación minoritaria sin proyección pública. Se trataba, sencillamente, de contribuir a la formación y estímulo de un ambiente propicio en el ámbito nacional, para el desarrollo y enriquecimiento de lo que, en un sentido muy amplio, puede denominarse cultura urbanística. Y la intención se configuraba en la dirección de ofrecer una tribuna abierta, para el análisis, la reflexión, la crítica y la divulgación, en torno a la problemática de la ciudad y el territorio, entendida como confluencia de un ilimitado conjunto de ramas del saber, de modos de actuación y de campos profesionales.

Cuando la Revista cumplió sus primeros diez años de vida, pudimos hacer en estas mismas páginas la siguiente constatación: «Mirando hacia atrás el conjunto de la labor realizada, y sin la más mínima intención de presentar balances triunfalistas»

tas, es evidente que nadie podrá precisar la importancia del papel que le pueda corresponder a *Ciudad y Territorio* en la configuración de la situación actual de la cultura urbanística del país, obviamente más rica y pluriforme que en 1969, pero tampoco podrá nadie dudar de que, a lo largo del tiempo transcurrido, la Revista ha llegado a ser la tribuna que pretendía y que se ha ido cumpliendo la intención propuesta.»

Ahora, con otros diez años de existencia dentro de la misma línea, con ochenta números publicados, con la Revista plenamente consolidada y reconocida dentro y fuera de España, y con una

rica tarea realizada, resulta innecesaria una constatación semejante. Por ello mismo, puede haber llegado el momento en que ya no resulte preciso evitar que el organismo editor se plantee la conveniencia de reajustar el objetivo y de cambiar la orientación. Pero en ese caso, es lógico que quien ha asumido durante todo este tiempo la responsabilidad de la dirección de la Revista considere cumplida su misión y deje el paso a quienes vayan a realizar la transformación.

Saludos, amigos.

Fernando de Terán